ALBERTO CONTADOR. Por Braulio A. GarcÃ-a

martes, 07 de febrero de 2012
Modificado el miércoles, 08 de febrero de 2012

ALBERTO CONTADOR

Por Braulio A. GarcÃ-a

En uno de mis anteriores viajes a La PenÃ-nsula subÃ- con dos de mis nietos, Javier y Macarena (8 y 6 aÃ±itos, respectivamente) al Puerto de Navacerrada en la sierra de Madrid. DebiÃ³ ser un dÃ-a entre semana y en un mes no frÃ-o porque no habÃ-a un alma. Yo prefiero esos dÃ-as, a los del tumulto de esquiadores y al espectÃ¡culo de los coches sin cadenas varados en los arcenes llenos de nieve de la sinuosa carretera.

ALBERTO CONTADOR

Por Braulio A. GarcÃ-a

En uno de mis anteriores viajes a La PenÃ-nsula subÃ- con dos de mis nietos, Javier y Macarena (8 y 6 aÃ±itos, respectivamente) al Puerto de Navacerrada en la sierra de Madrid. DebiÃ³ ser un dÃ-a entre semana y en un mes no frÃ-o porque no habÃ-a un alma. Yo prefiero esos dÃ-as, a los del tumulto de esquiadores y al espectÃ¡culo de los coches sin cadenas varados en los arcenes llenos de nieve de la sinuosa carretera.

Como casi siempre, elegÃ- La Venta Arias para comer y en esas estÃ¡bamos, solitos los tres en el comedor, ante a chimenea apagada, cuando oÃ-mos unas voces aparentemente airadas que provenÃ-an de la barra, a la entrada del local...

-"Â¡Que no CampeÃ³n, que le he dicho a usted que no!"
y luego, ruido de risas y pasos apresurados... entonces apareciÃ³ ante nosotros un chico muy delgado embutido en uno de esos trajes de ciclistas de colores estridentes (como para que los vean hasta los conductores mÃ¡s cegatos)... Era Contador quien, con una sonrisa que no le cabÃ-a en el rostro, huÃ-a de un par de camareros por toda la Venta. Se volviÃ³ hasta donde estÃ¡bamos y nos pidiÃ³ perdÃ³n por irrumpir de aquella manera en el comedor, driblÃ³ a los camareros valiÃ©ndose de las mesas y saliÃ³ a la calle gritÃ¡ndoles

-"Gracias muchachos"...

Yo me quedÃ© estupefacto, mis nietos no sabÃ-an quiÃ©n era y estaba tratando de explicÃ¡rselo, cuando el camarero que nos atendÃ-a se acerco preguntÃ¡ndome:

-"Â¿Sabe Ud. quiÃ©n era ese chico tan majo?... Contador, el ciclista... Â¡es mÃ¡s buena gente!... todo este lÃ-o es porque pidiÃ³ unas botellas de agua para Ã©l y otros dos chicos que le acompaÃ±an en su entrenamiento y no se las quisimos cobrar... Â¡A ver!... Â¿cÃ³mo le vamos a cobrar unas botellas de agua, con todas las alegrÃ-as que nos da?... Pues el muy cabrito nos dejÃ³ el dinero en el mostrador y nosotros se lo querÃ-amos devolver... Â¡que tipo mÃ¡s salao!... Â¡la madre que lo pario!â€¦ Â¡corre como un conejo!".

No sÃ© nada de ciclismo, pero me parece el mÃ¡s agotador de todos los deportes, el que exige un esfuerzo mÃ¡s constante y precisa de una determinaciÃ³n y una entrega sin fisuras... - y pensar que yo llegaba asfixiadito al Siete de GuÃ-a despuÃ©s de subir la cuestecita del Lomo de GuillÃ©n en mi BH negra, mientras esos esforzados atletas conquistan el Tourmalet o el Angliru, luchando contra â€œla pajara,â€• para al dÃ-a siguiente meterse otros doscientos kilÃ³metros en el cuerpo a base de pantorrillas y pulmones-.

Hoy me he enterado, con muchÃ-sima pena, que un rÃ-gido tribunal deportivo ha condenado a Contador y lo ha despojado de todo lo que ha ganado desde que se le detectÃ³ una Ã-nfima cantidad de clembuterol en su organismo. Ã‰l pobre muchacho ha dado pruebas de que ama a ese esforzado deporte y ha vuelto a ganar otros premios, seguido de cerca por los huelebraguetas recolectores de meadas, â€¦ Â¿por quÃ© despojarle entonces de lo que ha ganado limpiamente?... Francamente, no lo entiendo.

Sospecho que las pobres mamÃ¡s de los implacables y despiadados jueces que lo han condenado hoy, no olerÃ¡n

demasiado bienâ€¦ Pues bien, yo tambiÃ©n quiero sumarme, aÃºn a sabiendas de que las pobres seÃ±oras no tienen la culpa, y contando, de seguro, con la anuencia del personal de La Venta de Arias, a ese envÃ-o continuo de regalitos escatolÃ³gicos para esas distinguidas damas, y para toda la parentela de tres generaciones previas, de TODOS y cada uno de los rebenques que tan injustamente han juzgado a un muchacho al que ahora no le cabe la tristeza en la cara.

â€œPues no faltaba mÃ¡sâ€•- como dirÃ-a el mÃ-tico Pascual Calabuig-.

P. D. Se me olvidaba comentarles que, ya de regreso a Madrid, vi por el retrovisor interior del coche que Macarena estaba algo pensativa sentada en su sillita llena de amarres,

-Â¿En quÃ© piensas Maca?

y ella me respondiÃ³ con otra pregunta:

-Â¿Abuelo, y dÃ³nde llevan el dinero los â€œbiciclistasâ€•?... y, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, se quedÃ³ frita cas instantÃ¡neamente, antes de que yo me pudiera inventarme algoâ€¦ porque sabido es que un abuelo tiene el DEBER de contestar a todo.